

La caída

Thomas Mann

Los cuatro nos hallábamos otra vez reunidos.

En esta ocasión, el pequeño Meysenberg era el anfitrión. Eran muy agradables las cenas en su estudio.

Se trataba de una habitación extraña, decorada en un estilo único: fruto de la extravagante fantasía de un artista. Vasos etruscos y japoneses, abanicos y puñales españoles, sombrillas chinas y mandolinas italianas, nácares africanos y estatuillas clásicas, multicolores porcelanas rococó y Madonnas de cera, grabados antiguos al cobre y trabajos del pincel del propio Meysenberg; todo ello se hallaba dispuesto por toda la habitación, sobre mesas, estanterías, consolas y paredes, que además, y al igual que el suelo, estaban cubiertas de gruesos tapices orientales y pálidas sedas bordadas, formando contrastes detonantes, que eran como si se señalaran a sí mismos con mil dedos.

Nosotros cuatro, es decir, el pequeño Meysenberg, nervioso, de cabello castaño y rizado; Laube, el joven, rubio, idealista graduado en Económicas, que dondequiera que estuviese pontificaba sobre la enorme importancia de la emancipación de la mujer; Selten, el doctor, y yo: los cuatro, decía, nos habíamos acomodado sobre los más diversos asientos alrededor de la pesada

mesa de caoba, haciendo los honores al excelente menú que nuestro genial anfitrión había compuesto para nosotros, y más aún, quizá, a los vinos. Meysenberg había tirado la casa por la ventana.

El doctor se había sentado en una silla de coro, grande y tallada a la antigua, de la que se burlaba continuamente, con su habitual talante acre; era el irónico del grupo. Había experiencia y menosprecio del mundo en cada uno de sus despectivos gestos. Era el de más edad de los cuatro, rondaría los treinta sin duda; era también el que más había «vivido».

—Corrido —solía decir Meysenberg—, pero es interesante.

Lo de «corrido», realmente, se le notaba un poco al doctor. Sus ojos tenían cierto brillo borroso, y su cabello negro, que llevaba muy corto, mostraba ya una pequeña calvicie occipital. El rostro, terminado por una barba en punta, mostraba desde la nariz a las comisuras de la boca dos rasgos irónicos, que a veces podían imprimirle una expresión amarga.

Al llegar al Roquefort nos hallábamos ya enfrascados en «conversaciones profundas». Así las llamaba Selten, con la despectiva ironía de un hombre que, como él decía, había adoptado desde mucho tiempo atrás la única filosofía de disfrutar sin preocupaciones ni escrúpulos la vida terrenal, para luego encogerse de hombros y preguntar: «¿Qué puedo hacer, sino?».

Laube, después de haber sorteado hábilmente los vericuetos de la conversación, había conseguido llegar a su tema, se hallaba ya fuera de sí; hundido en un mullido sillón, cortaba el aire con desesperados gestos.

—¡Eso es! ¡Eso es! ¡La vergonzosa situación social de la mujer radica en los prejuicios, los estúpidos prejuicios de la sociedad!

—¡Salud! —dijo Selten en tono muy suave y compasivo, bebiéndose una copa de vino tinto.

Aquello sacó al muchacho de sus casillas.

—¡Ah! ¡Tú! ¡Viejo cínico! ¡Contigo no se puede hablar! —se irguió dirigiéndose a Meysenberg y luego a mí, desafiante:

—¡Ustedes habrán de darme la razón! ¿Sí o no?

Meysenberg mondaba una naranja.

—Pues, en parte sí y en parte no, claro —replicó, cautelosamente.

—A ver; explícate mejor —animé por mi parte al orador, sabiendo que no habría paz hasta que le dejáramos desahogarse.

—Decía que en los estúpidos prejuicios, en la cerril injusticia de la sociedad. Todas esas pequeñeces... ¡por Dios, que es ridículo! Que hagan institutos para muchachas y den trabajo a las mujeres como telefonistas o cosa parecida... ¡eso no significa nada! En lo que importa en realidad, ¡qué opiniones se oyen! Por ejemplo, en lo que se refiere a lo erótico, a la sexualidad, ¡cuánta necia crueldad!

—Vaya —dijo el doctor muy aliviado, plegando su servilleta—. Esto se pone interesante.

Laube ignoró la interrupción.

—Fíjense —exclamó con énfasis, gesticulando con un gran bombón de licor, que a continuación se metió en la boca, con un ademán magnífico—, fíjense en el caso de dos amantes, que él la seduce y luego la planta: él sigue siendo tan honorable como antes, y hasta ha quedado como un hombre, ¡el muy puerco! Pero la mujer es la perdida, la excluida de la sociedad, que desprecia a la mujer caída, ¡sí, ca-í-da! ¿Dónde está la justificación moral de tales usos? ¿No ha caído también el hombre, en este caso? Más aún, ¿no se ha portado de un modo mucho más deshonroso que ella...? ¡A ver!, ¿qué me dicen a eso?

Meysenberg contempló el humo de su cigarrillo, pensativo.

—Bien mirado, creo que tienes algo de razón —dijo, conciliador.

El rostro de Laube se iluminó con una expresión de triunfo.

—¿Verdad que sí? ¿Verdad que sí? —repetía—. ¿Dónde está la justificación ética de esos prejuicios?

Miré al doctor Selten. Estaba muy callado. Mientras daba forma con ambas manos a una bolita de pan, miraba ante sí en silencio, con aquella expresión amarga.

—Levantémonos —dijo luego, tranquilamente—. Voy a contarles una historia.

Corrimos la mesa a un lado y nos acomodamos en un rincón, cómodamente amueblado con pequeños sillones y alfombras. La lámpara que pendía del techo llenaba la habitación de una luz azulada, tensa y crepuscular. Flotaba ya en el aire una espesa capa ondulante del humo de los cigarrillos.

—Bien; dispara ya —dijo Meysenberg, mientras llenaba cuatro vasitos de su auténtico Bénédictine.

—Sí, con mucho gusto les contaré esa historia, puesto que ahora viene a cuento, y la presentaré en forma de novela —dijo el doctor—. Ya saben que en tiempos me ocupaba de esas cosas.

No se podía distinguir bien su rostro. Estaba arrellanado en su sillón, con las piernas cruzadas y

las manos en los bolsillos de su chaqueta, y miraba tranquilamente hacia la lámpara.

—El héroe de mi historia —comenzó al cabo de un rato— acababa de salir del *gymnasium* de su pequeña ciudad natal del norte de Alemania. A los diecinueve o veinte años pasó a la Universidad de P., ciudad bastante importante del sur del país.

Representaba perfectamente el tipo del «buen chico». Nadie podía estar a mal con él. Alegre, cordial y conciliador, era el preferido de todos sus compañeros. Era un muchacho guapo, esbelto, de rasgos blandos, alegres ojos oscuros y labios suavemente arqueados, sobre los cuales apuntaba un vestigio de bigote. Cuando paseaba por las calles, con el sombrero echado hacia atrás sobre sus rizos negros y las manos en los bolsillos, las muchachas le dirigían tiernas miradas.

Y a pesar de ello, era inocente: limpio de cuerpo como de alma. Como Tilly, podía decir que aún no había perdido ninguna batalla ni tocado mujer. Lo primero, porque aún no había tenido ocasión de ello, y lo segundo, también porque no había tenido ocasión.

Apenas llevaba quince días en P., se enamoró, como es natural. No de una camarera, como suele ocurrir, sino de una joven actriz, una tal señorita Weltner, que hacía papeles de enamorada ingenua en el teatro Goethe.

Como dice el poeta, el que lleva en su cuerpo la embriaguez de la juventud ve a una Helena en cada mujer; pero es que la joven era realmente bonita. Figura delicada, infantil, cabello color oro mate, unos ojos crédulos y al mismo tiempo alegres, gris azulados, una naricilla fina, boca dulce e inocente, y barbilla blandamente redondeada.

Primero se enamoró de su rostro, luego de sus manos, luego de sus brazos, que pudo ver descubiertos con ocasión de un papel en una obra clásica... y finalmente la amó por entero, hasta su alma, que aún no conocía.

Este amor le costaba mucho dinero. Cada dos noches, por lo menos, una platea en el teatro Goethe. A cada momento estaba escribiendo a mamá para pedirle dinero, inventando las más extraordinarias excusas. Pero mentía por ella: eso lo disculpaba todo.

Cuando supo que la amaba, comenzó por escribir versos. La típica «lírica íntima» alemana.

Con frecuencia se quedaba hasta muy tarde, por la noche, con sus libros. Solo oía el ruido uniforme de su pequeño despertador, sobre la cómoda, y el eco de unos pasos solitarios en la calle. Comenzaba entonces a sentir en la parte superior del pecho, en el nacimiento del cuello, un dolor blando, cálido y fluido, que a veces quería subir hasta los cargados ojos. Pero como se avergonzaba de llorar de verdad, se limitaba a llorar con palabras sobre el paciente papel.

Así se decía a sí mismo en suaves versos cuán dulce y hermosa era ella, y qué enfermo y cansado se sentía él, y qué anhelo infinito surgía en su alma, que lo llevaba hacia lo impreciso, lejos... muy lejos, donde esperaba durmiendo su dulce felicidad, pero él se sentía atado...

Ciertamente, era ridículo. Cualquiera se reiría. Las palabras eran torpes, tan vacías e inútiles. Pero él la amaba, ¡la amaba!

Inmediatamente después de hacerse esta confesión, como es natural, se avergonzaba. Era un amor tan

humilde, que se hubiera contentado con arrodillarse para besar su piececito, por ser tan hermosa, o su blanca mano, y luego no le importaría morir. Ni se atrevía a acordarse de la boca.

Cierta vez, al despertarse por la noche, imaginó cómo quedaría su cabeza sobre la blanca almohada, con la dulce boca un poco entreabierta, y las manos, esas manos indescriptibles con sus azuladas venas, cruzadas sobre el cobertor. Luego se revolvió de súbito, hundió el rostro en la almohada y lloró largamente en la oscuridad.

Con esto se alcanzó el punto álgido. Había llegado a tal estado, que no pudo hacer más versos, ni comer siquiera. Esquivaba a sus conocidos, apenas salía y tenía los ojos circundados por profundas y negras ojeras. No trabajaba, ni tenía ganas de leer. Solo quería permanecer, cansado, delante del retrato de ella —que hacía tiempo ya había adquirido— y llorar y amarla.

Una noche estaba con su amigo Rölling, con quien había intimado desde su época de la escuela; este estudiaba medicina como él, aunque se hallaba ya en los cursos superiores; se encontraba en una oscura taberna, con unas buenas jarras de cerveza delante.

De improviso, Rölling puso la suya sobre la mesa, con decisión.

—Bien, muchacho, ahora cuéntame qué te pasa.

—¿A mí?

Al cabo de un rato se rindió y se desahogó hablando de ella y de sí mismo.

Rölling meneó la cabeza, preocupado.

—Mal asunto, pequeño. No hay nada que hacer. No eres el primero: completamente inaccesible. Hasta hace poco vivía con su madre. Esta ha muerto, pero a pesar de ello... nada que hacer. ¡Una chica horriblemente decente!

—¿Creías acaso que yo...?

—Yo creí que tú pensabas...

—¡Por favor, Rölling...!

—¡Ah! ¡Ah, bueno! Perdón. Ahora comprendo. No creí que fuera un asunto tan sentimental. Siendo así, yo le enviaría un ramo, acompañado de un escrito honesto

y respetuoso, suplicándole autorización por escrito para poder serle presentado con el fin de expresarle verbalmente mi admiración.

El chico se puso pálido. Todo su cuerpo temblaba.

—Pero... ¡eso no puede ser!

—¿Cómo que no? Cualquier sirviente irá por una propina.

Tembló aún más.

—¡Dios mío! ¡Si eso fuese posible!

—¿Dónde decías que vive?

—Yo... no lo sé.

—¿Ni siquiera eso sabes? ¡Camarero! ¡La guía!

Rölling lo encontró al momento.

—¿Te das cuenta? Hasta ahora vivía en las esferas sublimes, y ahora resulta que está en Heustrasse, 6.^a, tercer piso; ¿lo ves? Aquí lo dice: Irma Weltner, de la compañía

del teatro Goethe... Oye, no es un barrio elegante que digamos. Así se recompensa a la virtud.

—Por favor, Rölling...

—Bueno, bueno. De lo demás te encargarás tú. ¡A lo mejor consigues besarle la mano, hombre de Dios! Por el precio de los tres metros de distancia que hay desde la platea, le compras esta vez el ramo.

—¡Qué me importa a mí el sucio dinero!

—¡Qué maravilloso es amar! —cantó Rölling.

A la mañana siguiente, una carta conmovedoramente ingenua, acompañada de un hermoso ramo, fue enviada a la Heustrasse. ¡Si recibiese contestación de ella! ¡Cualquier clase de contestación! ¡Cómo besaría las líneas con una exclamación de alegría...!

Al cabo de ocho días, el cierre del buzón de la puerta estaba roto de tanto abrir y cerrar. La dueña de la pensión estaba furiosa.

Sus ojeras se habían hecho más profundas; tenía un aspecto realmente miserable. Cuando se veía en el espejo se llevaba un gran susto, y luego lloraba, compadeciéndose a sí mismo.

—Oye, pequeño —le dijo cierto día Rölling, muy decidido—. Esto no puede continuar así. Estás cada vez más acabado. Hay que hacer algo. Mañana irás a su casa.

El muchacho abrió enormemente sus ojos enfermizos.

—¿Ir... a su casa...?

—Sí.

—Pero eso no puede ser; ella no me lo ha permitido.

—Hicimos una tontería con lo de la cartita. Ya podíamos figurarnos que no iba a darte ánimos por escrito, sin conocerte siquiera. Sencillamente, has de verla. Tú te embriagas de felicidad solo con que te diga buenos días; además, no eres precisamente un monstruo. Verás como no te echa sin más explicación. Vas a ir mañana.

Sintió vértigo.

—No podré hacerlo —dijo en voz baja.

—¡Entonces es que no tienes remedio! —se enfadó Rölling—. Por lo tanto, tú verás cómo te las arreglas solo.

Pasaron luego varios días de dura lucha, semejante al último combate del invierno contra aquellos dulces días de mayo.

Una mañana, al despertar de un profundo sueño, durante el cual creyó verla, abrió la ventana: había llegado la primavera.

El cielo era de un azul luminoso, era como una suave sonrisa, y el aire tenía un dulce perfume.

Se sentía, olía, gustaba, veía y oía la primavera. Todos los sentidos estaban en primavera. Y a él le pareció como si el ancho rayo de sol que iluminaba la casa de enfrente llegase hasta su corazón en temblorosas vibraciones, serenándolo y fortaleciéndolo.

Besó silenciosamente su imagen, se puso una camisa limpia, su traje nuevo, y se afeitó, encaminándose luego a la Heustrasse...

Le había invadido una extraña serenidad, que casi le daba miedo, pero que no se disipaba. Una serenidad que parecía un sueño, le resultaba difícil creer que fuese él mismo quien estaba subiendo las escaleras y se detenía ante la puerta y leía la tarjeta: Irma Weltner.

De súbito le pareció que aquello era una locura, que nada tenía que ir a buscar allí, y que debía volverse atrás antes de que nadie le viese.

Mas fue como si esa última queja de su timidez hubiera barrido toda la antigua confusión, pues una gran seguridad y una perfecta alegría penetró en su ánimo, y así como hasta aquel momento se había conducido como hipnotizado, como bajo el peso de un imperativo, ahora actuaba por su libre voluntad, seguro de lo que quería.

¡Era la primavera!

Se oyó el débil sonido de la campanilla. Abrió una criada.

—¿Está la señorita en casa? —preguntó, animoso.

—En casa... sí... pero ¿a quién debo anunciar?

—Tome.

Le tendió una tarjeta, y mientras ella se la llevaba, él la siguió con toda naturalidad, con una risa audaz en el corazón. Cuando la muchacha entregó la tarjeta a su señorita, él se hallaba ya en la habitación, muy erguido, con el sombrero en la mano.

Era una habitación medianamente grande, amueblada con sencillez, en tonos oscuros.

La joven se había levantado de su sitio, junto a la ventana; un libro que se encontraba sobre una mesita próxima parecía como si acabaran de dejarlo allí. Él nunca la vio tan hermosa —en ninguno de sus papeles—, como en la realidad. El vestido gris, con el pecho de tela más oscura, que ceñía su delicada figura, era de una elegancia sencilla. Sobre los rubios rizos que enmarcaban su frente se reflejaba el sol de mayo.

Su sangre rumoreó de puro éxtasis, y cuando ella lanzó una mirada de asombro a su tarjeta y otra, más asombrada aún, a su persona, avanzó dos rápidos pasos hacia ella, mientras que su anhelo se traducía en unas palabras temerosas, apasionadas.

—No... no se enfade usted conmigo, por favor.

—¿Qué significa este asalto? —preguntó ella divertida.

—Aunque usted no me autorizase a ello, yo necesitaba decirle a usted personalmente, señorita, cuánto la admiro...

Ella le indicó amablemente un sillón y, mientras se sentaban, él prosiguió con cierta vacilación:

—Vea usted... yo soy de una manera que me obliga a decir lo que siento y no puedo... no puedo contenerme llevándolo dentro, y por eso le rogué... ¿por qué no me respondió usted, señorita? —se interrumpió, dando paso a la sinceridad.

—Yo... no puedo expresarle suficientemente —respondió ella con una sonrisa— cuánto me alegraron

sus palabras de aprobación y sus hermosas flores, pero... no era posible que yo... yo no podía saber...

—No, desde luego. Comprendo perfectamente, pero, dígame ahora que no la he ofendido al permitirme...

—De ningún modo, ¿por qué había de ofenderme?

—Hace poco que está usted en P., ¿verdad? —agregó ella rápidamente, evitando con gran tacto la pausa penosa que se hubiera producido.

—Hace ya seis semanas, señorita.

—¿Tanto? Pensé que me habría visto usted por primera vez hace diez días, cuando recibí sus amables líneas.

—¡Por favor! Durante todo ese tiempo la he visto a usted casi cada noche, en todos sus papeles.

—¿Cómo no ha venido usted antes, pues? —inquirió ella con inocente asombro.

—¿Hice mal en no venir antes? —respondió él con coquetería. Se sentía tan indeciblemente feliz, sentado

frente a ella, departiendo amistosamente con ella, y tan incomprensible le parecía la situación, que casi temía que, como otras veces, al dulce sueño sucediera un triste despertar. Se sentía tan a gusto y tan animoso, que casi hubiera querido cruzar las piernas con desenvoltura; y estaba al mismo tiempo tan exaltado y feliz, que hubiera querido lanzarse a sus pies exclamando... ¡Dejemos esta comedia! ¡Te quiero tanto... tanto...!

Ella se ruborizó un poco, y luego rio cordialmente, divertida por su contestación.

—Perdón, no me ha comprendido usted. Claro que yo no me expresé con claridad, pero no debe usted ser tan lento de comprensión.

—Señorita, desde ahora procuraré... ser más rápido de comprensión.

Estaba completamente fuera de sí. Así se decía a sí mismo, después de esta segunda contestación. ¡Ella estaba allí! ¡Y él, con ella! Tenía que reunir toda su lucidez para darse cuenta de que era realmente él, y su mirada recorría una y otra vez el rostro de ella y su figura, con una especie de gozosa incredulidad... Sí, aquel era su cabello

oro mate, su dulce boca, su blanda barbilla con ligera tendencia a duplicarse, su clara voz de niña, su graciosa pronunciación, en la que, fuera de las tablas, se notaba algo el dialecto del sur; aquellas eran, ahora que ella —sin tomar nota de su respuesta— recogía su tarjeta de sobre la mesa, para enterarse con más atención de su nombre, aquellas eran sus amadas manos, que él tantas veces había besado en sus sueños, aquellas indescriptibles manos; y sus ojos, que se fijaban de nuevo en él, con expresión de creciente y amistoso interés. Y ahora volvía a dirigirle la palabra, prosiguiendo la conversación, cuyas preguntas y respuestas se encadenaban a veces con interrupciones, otras con facilidad; versaban sobre los antecedentes y ocupaciones de ambos, así como sobre los papeles de Irma Weltner, cuya «interpretación» no dejaba de alabar él sin reservas, como es lógico, aunque en realidad poco había que «interpretar» en ellos, como dijo ella, riendo.

Había en su alegre risa una pequeña nota teatral, como si el papá gordo de la comedia acabara de dedicar un chiste de Moser a la galería; pero a él le encantaba de tal modo, mientras contemplaba con una devoción ingenuamente manifestada el rostro de ella, que varias

veces hubo de combatir la tentación de arrojarse a sus pies y declararle francamente su gran amor.

Debía haber transcurrido más de una hora cuando él miró, por fin, el reloj, y se levantó en seguida, muy confuso.

—¡La he entretenido a usted demasiado, señorita Weltner! Debió usted despedirme; ya debería usted saber que, a su lado, el tiempo...

Sin él mismo saberlo, lo hacía con gran habilidad. Casi se había apartado del tema de su admiración por la joven como artista; sus sinceros cumplidos, instintivamente, iban adquiriendo cada vez un tono más personal.

—¿Qué hora es? ¿Por qué quiere usted marcharse ya? —inquirió ella con disgusto asombro que, si era fingido, resultaba desde luego más realista y convincente que en ninguno de sus papeles.

—¡Por Dios! Ya la he aburrido bastante: ¡más de una hora!

—¡No es posible! ¡Con qué rapidez se me ha pasado el tiempo! —exclamó, con asombro que esta vez era auténtico sin duda alguna—: ¿Una hora ya? En este caso, habré de apresurarme a estudiar algo de mi nuevo papel para esta noche. ¿Estará usted en el teatro esta noche?; en el último ensayo no recordaba nada. ¡El director casi me pega!

—¿Cuándo puedo asesinarlo? —preguntó él con solemnidad.

—¡Cuanto antes, mejor! —rio ella, alargándole la mano para la despedida.

En un impulso de pasión, él se inclinó sobre aquella mano y oprimió contra ella sus labios en un beso largo, insaciable, y, aunque en su interior todo le llamaba al orden, no se veía capaz de interrumpir, no quería separarse del dulce perfume de esa mano, de aquel divino vértigo de sensaciones.

Ella retiró la mano con cierta viveza, y cuando él la miró, creyó notar en su rostro cierta expresión de confusión, lo que hubiera debido alegrarle de todo corazón: pero él lo interpretó como disgusto por su

comportamiento inconveniente, y durante un instante se arrepintió, lleno de vergüenza.

—Mi más cordial agradecimiento, señorita Weltner, por la amabilidad que me ha dispensado... —dijo rápidamente, en tono más formal que hasta entonces.

—No faltaba más; para mí ha sido un placer conocerle.

—¿No me negará usted el favor de concederme... que pueda volver a verla? —rogó en el mismo tono de franqueza de antes.

—¡Claro que no...! Es decir... ciertamente, ¿por qué no?

Se sintió un poco confusa. Aquel ruego, después de besarle la mano de forma tan rara, resultaba algo chocante.

—Me alegraría mucho de poder volver a charlar con usted —agregó luego en tono amistoso, dándole otra vez la mano.

—¡Mil gracias!

Una breve inclinación todavía, y luego se halló fuera; al dejar de verla, le pareció otra vez que estaba soñando.

Mas luego sintió de nuevo el calor de su mano en la suya y en sus labios, supo nuevamente que todo era realidad y que sus «locos» ensueños se habían realizado. Bajó las escaleras como ebrio, inclinado lateralmente hacia el pasamanos, que tantas veces habría tocado ella, y que besó, con besos jubilosos, de arriba abajo...

Abajo, delante de la casa, que quedaba un poco oculta, había un pequeño patio o jardincillo, a cuya izquierda asomaban entre el verdor las primeras violetas. Al verlo se detuvo y refrescó su ardiente rostro ocultándolo entre las hojas, y aspiró largo rato mientras su corazón palpitaba, aquel perfume delicado, recién nacido.

¡Oh! ¡Cuánto la quería...!

Rölling y otros jóvenes habían terminado ya la comida cuando entró en el restaurante y se sentó con ellos, acalorado y tras un breve saludo. Durante unos minutos permaneció callado, limitándose a contemplarles uno tras otro con cierta sonrisa de superioridad, como si se

burlara de ellos por estar allí fumando sin enterarse de nada.

—¡Muchachos! —exclamó de repente—. ¿Saben una cosa? ¡Soy feliz!

—¡Ah! —exclamó Rölling, mirándole de forma muy significativa a la cara. Luego, con un movimiento solemne, le tendió la mano por encima de la mesa.

—Mi más sincera felicitación, pequeño.

—¿Por qué?

—¿Qué pasa?

—¡Ah! Es verdad, ustedes no saben nada. Es su cumpleaños. Celebra su cumpleaños. Mírenle... ¿no parece como recién nacido?

—¡Vaya!

—¡Caramba!

—¡Felicidades!

—Oye, a ver si se nota en algo...

—¡Claro que sí! ¡Camarero!

Hubo que reconocer que sabía cómo debe celebrarse un cumpleaños.

Luego, después de ocho días de anhelante impaciencia, repitió su visita. Todos los estados de ánimo exaltados, que la primera vez despertó en él la timidez del amor, quedaban fuera de lugar en esta ocasión.

En consecuencia, la vio y habló con más frecuencia, puesto que ella le renovaba cada vez su autorización.

Conversaban con toda naturalidad, y su relación casi habría podido denominarse amistosa, si de vez en cuando no se hubieran producido unos súbitos momentos de confusión, algo como un vago temor, que generalmente asaltaba a los dos al mismo tiempo. En estos momentos solía interrumpirse de repente la conversación, y quedaban ambos perdidos en una muda mirada, durante varios segundos; y luego, de modo parecido a lo ocurrido cuando el primer besamanos, el diálogo proseguía en un tono de mayor formalidad.

Algunas veces le permitió acompañarla a casa después de la función. ¡Cuánta felicidad encerraban para él aquellas noches de primavera, cuando paseaba a su lado por las calles! Al llegar ante su puerta, ella le daba las gracias por tomarse tantas molestias, y él le besaba la mano y se marchaba con el corazón lleno de jubilosa gratitud.

Fue una de esas noches cuando, después de despedirse y habiéndose alejado ya unos pasos, se volvió todavía una vez más. Vio entonces que ella aún estaba en la puerta, y parecía buscar algo en el suelo. Pero le pareció como si hubiera adoptado esta actitud al notar que él se volvía.

—Ayer por la noche te vi —dijo una vez Rölling—. Muchacho, te admiro; nadie consiguió nunca lo que tú. Estás hecho un hombre; pero sigues siendo un ingenuo, porque no creo que ella pueda darte a entender más. ¡Estás hecho un monstruo de virtud! ¡Ella está totalmente enamorada de ti! ¡Tienes que animarte y atacar con decisión!

Él miró un instante, sin comprender. Luego cayó en la cuenta de lo que le decían y replicó:

—¡Calla, hombre...!

Pero estaba temblando de pies a cabeza.

La primavera fue madurando. Hacia fines de aquel mes de mayo, hubo una serie de días cálidos, en que no llovió ni gota. El cielo se extendía con un azul pálido y neblinoso sobre la tierra sedienta, y el calor inmóvil y cruel de los días cedía por las noches a un pesado bochorno, que no llegaban a aliviar los leves soplos del aire.

En uno de estos atardeceres, nuestro muchacho vagaba triste y solitario por las colinas de los alrededores de la ciudad.

No podía quedarse en casa. Se hallaba nuevamente enfermo; otra vez le espoleaba aquel anhelo que creía calmado por su reciente felicidad: anhelo de ella. ¿Qué más quería?

La culpa era de Rölling, aquel Mefistófeles más bonachón que ingenioso.

Y dar cumbre a la elevada intuición... no puedo decir, de qué manera.

Sacudió la cabeza, con un gemido, y se quedó mirando a lo lejos en el crepúsculo.

¡La idea fue de Rölling! O bien, este fue quien, al verle otra vez pálido, precisó por primera vez con brutales palabras y le presentó desnudo lo que hasta entonces había estado velado por las nieblas de una vaga y blanda melancolía.

Y siguió caminando, con paso cansado, aunque siempre animoso, envuelto en el calor sofocante.

No pudo hallar los jazmines cuyo perfume percibía sin cesar. Los jazmines no habían florecido aún en aquel tiempo, pero él notaba en todas partes aquel perfume dulce, turbador, siempre que salía de su casa.

En un recodo del camino, junto a una especie de ladera en la que crecían algunos árboles, había un banco. Allí se sentó, mirando frente a él.

Al otro lado del camino, el terreno escasamente cubierto de hierba descendía hasta el río, que fluía lentamente. En la otra orilla, la carretera, recta, entre dos hileras de álamos. Más lejos, siguiendo la pálida línea violeta del horizonte, pasaba solitaria una carreta campesina.

Sentado e inmóvil, puesto que nada parecía tener movimiento, siguió con la mirada perdida en el vacío.

¡Y siempre el intenso perfume del jazmín!

Y sobre el mundo entero aquel peso, aquel silencio cálido, aplastante, sediento. Sintió que tendría que llegar alguna liberación, que de alguna parte llegaría la tormentosa satisfacción de aquella sed que había en la naturaleza y en él...

Volvió a ver ante sí a la joven, con el vestido blanco antiguo, aquella túnica que dejaba ver su brazo esbelto y blanco, que debía ser blando y frío.

Se puso en pie con una especie de vaga semidecisión, y emprendió a pasos cada vez más rápidos el camino de la ciudad.

Cuando se detuvo con la subconsciente intuición de haber llegado a su destino, sintió de repente un gran sobresalto.

Había anochecido totalmente. Todo se hallaba en silencio, la oscuridad reinaba a su alrededor. Solo muy de cuando en cuando se veía a alguien en aquel barrio casi exterior a la ciudad. Entre infinitas estrellas medio veladas se veía en el cielo la luna, casi llena. Muy lejos, se distinguía la suave luz de un farol de gas.

Se hallaba delante de la casa de ella.

No era que él quisiese ir allí, pero en su interior lo había querido así, sin saberlo.

Y al encontrarse en aquel lugar, inmóvil, contemplando la luna, le pareció que todo debía ser así, y que estaba en su puesto.

De alguna otra parte provenía más luz.

Era arriba, en el tercer piso. Salía de su habitación, cuya ventana estaba abierta. Por lo tanto, no estaba en el teatro, sino en su casa, y aún no se había acostado.

Lloró. Se apoyó en la verja y lloró. Era todo tan triste. El mundo estaba tan silencioso y sediento, y la luna parecía tan pálida.

Lloró largo rato, porque al principio fue para él como la liberación esperada, como un alivio. Pero luego sus ojos quedaron secos y le ardían más que antes.

Aquella seca angustia oprimió de nuevo todo su cuerpo, haciéndole gemir, haciéndole ceder... ceder...

¡No! ¡No quería ceder, sino...!

Se irguió; sus músculos se tensaron.

Pero en seguida un dolor callado, suave, disipó todas sus fuerzas.

Prefirió ceder cansadamente; cogió débilmente el picaporte y subió despacio, con fatigados pasos.

La criada le miró con sorpresa, dada la hora; pero la señorita estaba visible.

Ya no le anunciaba; después de llamar brevemente, abrió él mismo la puerta de la habitación de Irma.

No tenía conciencia de lo que hacía. No fue hacia la puerta, sino que se dejó ir. Era como si por debilidad hubiera abandonado algún apoyo, y ahora una muda necesidad le impulsara con un gesto severo, casi triste. Se daba cuenta de que cualquier decisión independiente de su voluntad, oponiéndose a esa orden callada pero imperiosa en su interior, le hubiera precipitado a un doloroso conflicto. Debía ocurrir lo justo, lo necesario.

Al llamar oyó un leve carraspeo, como para aclarar la voz, y luego se escuchó su «adelante», pronunciado con voz cansada e interrogativa.

Cuando él entró vio que estaba al otro lado de la habitación, en el sofá y frente a la mesa redonda. Todo permanecía en sombras. La lámpara alumbraba débilmente, colocada sobre un pequeño trinchero junto a la ventana. Ella no le miró, sino que, creyendo al parecer que se trataba de la sirvienta, permaneció en la misma posición cansada, apoyando una mejilla en el respaldo del sillón.

—Buenas noches, señorita Weltner —dijo en voz baja.

Ella volvió la cabeza, sobresaltada, y le miró un instante con atemorizada sorpresa.

Estaba pálida, tenía los ojos enrojecidos. Una dolorosa expresión de resignación se dibujaba en sus labios, y un tono de infinito cansancio se advertía en su voz y en su mirada al preguntarle:

—¿Tan tarde?

Entonces él sintió nacer en sí un sentimiento nunca experimentado hasta aquel instante, puesto que nunca se había olvidado de sí mismo: un dolor cálido, íntimo, al ver el sufrimiento en aquel rostro adorado, en aquellos ojos tan amados, que hasta entonces dominaron su vida con una feliz alegría; sí, si hasta entonces no sintió compasión sino de sí mismo, ahora sentía compasión y una infinita entrega hacia ella.

Por eso se detuvo donde estaba, y preguntó con timidez y en voz baja, en la que latían las sensaciones que acababan de despertar en él:

—¿Por qué ha llorado usted, señorita Irma?

Ella bajó la vista hacia su regazo, hacia el pañuelo blanco que oprimía entre las manos.

Él se dirigió hacia ella y, sentándose a su lado, tomó sus dos manos delgadas y de una blancura mate, que estaban húmedas y frías, y las besó tiernamente. Mientras sentía arder lágrimas en sus ojos, repitió con voz temblorosa:

—Ha llorado usted... ¿verdad?

Pero ella dejó caer la cabeza sobre el pecho, y al hacerlo él percibió el leve perfume de su cabello; mientras su pecho luchaba contra un dolor silencioso, angustioso, y sus delicados dedos temblaban entre los de él, de sus largas y sedosas pestañas se desprendieron lentamente dos lágrimas.

Angustiado, él apretó sus dos manos contra su propio pecho y gimió lenta y dolorosamente, con un nudo en la garganta:

—¡No puedo... verte llorar! ¡No puedo resistirlo!

Y levantó su pálida carita, hasta que pudieron mirarse a los ojos profundamente, hasta el alma, y leer el uno en la mirada del otro, y ver el amor reflejado en ella. Y luego, con un grito de jubilosa liberación, desesperado y feliz al mismo tiempo, se rompió la última reserva, y mientras sus jóvenes cuerpos se abrazaban tensos hasta el máximo, sus labios se unieron con fuerza; y durante este primer beso, largo, en que el mundo pareció hundirse alrededor de ellos, a través de la ventana abierta penetró el perfume de la violeta, que ahora se había hecho intenso y turbador.

Y alzó su figura delicada, casi etérea, del asiento, y con voces entrecortadas y unidos los entreabiertos labios se dijeron mutuamente cuánto se querían.

Luego él se estremeció extrañamente al darse cuenta de cómo ella, la que había sido una elevada divinidad para la timidez de su amor, y ante la que siempre se sintió débil, torpe y pequeño, comenzaba ahora a vacilar bajo sus besos...

Durante la noche se despertó.

La luz de la luna jugaba con su cabello, y su mano reposaba sobre el pecho de él.

Entonces alzó los ojos a Dios y besó sus ojos dormidos y se sintió más buen muchacho que nunca.

Una lluvia tormentosa cayó durante la noche. La naturaleza quedó liberada de su opresiva fiebre, y todo el mundo respiraba un hálito fresco.

Al frío sol de la mañana, los ulanos cruzaban la ciudad, y la gente salía a la puerta, sintiéndose alegre al respirar la pureza del aire.

En cuanto a él, mientras se dirigía a su casa a través de la primavera renacida, con los miembros sumidos en el cansancio de un sueño feliz, hubiera querido cantar al aire y al cielo azul ¡oh, adorada...!, ¡adorada...!

Después, sentado ante su mesa de trabajo, hizo acto de recogimiento ante la imagen de ella e inició un escrupuloso examen de conciencia acerca de lo que había hecho, y si a pesar de toda su felicidad no se había portado como un canalla. Eso le hubiera dolido.

Pero todo era bueno y hermoso.

Se sentía tan solemne como cuando su primera comunión, y al mirar hacia aquella primavera gorjeante y la dulce sonrisa del cielo se sintió de nuevo igual que durante la noche, como si estuviera viendo al buen Dios cara a cara, con una gratitud silenciosa, grave; sus manos se unieron y sus labios formaron emocionadamente el nombre de ella como una oración de la mañana.

Rölling... no, este no debía enterarse. Era un buen muchacho, pero no dejaría de hacer sus comentarios y vería el asunto de aquella manera... tan rara. Pero alguna vez, cuando volviera a casa y fuera de noche, a la luz de la lámpara, se lo contaría todo a su madre: toda, toda su felicidad...

Y se abandonó por completo a esta.

Naturalmente, a los ocho días Rölling estaba enterado.

—¡Pequeño! —exclamó—. ¿Me tomas por tonto? Lo sé todo. ¡Ya podías contarme el asunto con un poco de detalle!

—No sé de qué me hablas. Pero, aunque supiera de qué hablas, no hablaría de lo que sabes —respondió él,

muy serio, mientras hacía seguir a su interlocutor el complicado hilo de su ingeniosa frase gesticulando con el dedo y con aire doctoral.

—¡Fíjense! ¡El pequeño se nos vuelve ingenioso! ¡Un verdadero diamante en bruto! Te deseo que seas feliz, muchacho.

—¡Lo soy, Rölling! —dijo él, firme y grave, apretando cordialmente la mano de su amigo.

La escena le resultó a este excesivamente sentimental.

—Oye —dijo—, ¿tu pequeña Irma hará pronto el papel de joven mamá? ¿No podrías introducirte como amigo de la casa?

—¡Rölling, eres inaguantable...!

Tal vez Rölling no supo tener la boca cerrada. Quizá también, la aventura de nuestro héroe, al separarse de sus conocidos y de sus costumbres, no podía permanecer oculta mucho tiempo. Pronto se supo en la ciudad que «la Weltner del teatro Goethe» tenía un «lío» con un

estudiante muy joven, y la gente aseguró no haber creído nunca en la decencia de aquella «persona».

Sí, se había separado de todos. A su alrededor había desaparecido el mundo, y flotaba a través de las semanas, entre nubes rosa y amorcillos rococó, que tocaban el violín... ¡feliz, feliz, feliz! Mientras pudiera estar a sus pies, pasando las horas sin darse cuenta, con la cabeza echada hacia atrás y bebiendo el aliento de su boca, para él no existía nada más en la vida, sino lo que los libros designan con la torpe palabra de «amor».

La posición mencionada: a sus pies, era por lo demás característica de las relaciones entre ambos jóvenes. En ellas se puso de manifiesto toda la superioridad social exterior de la mujer de veinte años sobre el hombre de la misma edad. Siempre era él quien, por el deseo instintivo de gustar, tenía que controlar sus palabras y sus movimientos para tratarla acertadamente. Aparte de la entrega total de los verdaderos momentos de amor, en el trato que pudiéramos llamar social era él quien jamás dejaba de sentirse cohibido, y le faltaba naturalidad. En parte por la entrega de su amor, pero en parte también porque socialmente él era más débil, el menos

importante, se dejaba reñir por ella como un niño, para luego pedirle perdón dolorido y humilde, hasta que le permitía descansar otra vez la cabeza en su regazo, y entonces ella le acariciaba el cabello con un afecto maternal, casi compasivo. Él, echado a sus pies, alzaba hacia ella la mirada; llegaba y se iba cuando ella quería, y obedecía a todos sus antojos: porque, desde luego, *tenía* antojos.

—Pequeño, me parece que te dominan —comentó Rölling—. Sospecho que eres demasiado blando para mantener querida.

—Rölling, eres un asno. No entiendes esto. Yo la quiero. Eso es todo. No la quiero solamente para... para... sino que... la quiero, yo... ¡Ah! Estas cosas no pueden explicarse...

—Eres un muchacho estupendo —dijo Rölling.

—¡No digas tonterías!

¡No digas tonterías! Aquellas expresiones tan necias como «que te dominan» y «demasiado blando» eran bien propias de Rölling. Desde luego que este no entendía

nada. ¿Qué representaba él en realidad? ¿Qué hacía? Aquellas relaciones eran tan sencillas, y todo era como debía ser; él solo podía coger las manos de ella entre las suyas y repetirle una y otra vez: «¡Cuánto te agradezco que me quieras, que me quieras solo un poquito!».

Una vez, era una noche hermosa, tranquila, mientras vagaba solitario por las calles, hizo otra poesía, que le emocionó mucho. Decía así:

*Cuando se va la luz del sol
y se pierde lento el día
une las manos con devoción
y alza los ojos hacia Dios.*

*¿No contempla su mirada
con dolor nuestra pasión,
presintiendo que algún día
habrá de morir este amor?*

*Morirá la primavera
y el invierno ha de llegar;*

*la vida con mano fatal
a ambos nos separará.*

*No ocultes tu hermoso rostro,
abandona todo temor,
sonríe la primavera,
aviva aún su verdor el sol.*

*¡No, no llores! Duerme el dolor
lejano aún. ¡Ven a mí!
¡Todavía mira al cielo
lleno de júbilo el amor!*

Esta poesía le conmovió, pero no porque hubiera considerado real y seriamente la eventualidad de un final. Hubiera sido una idea completamente descabellada. En realidad, solo los últimos versos le salían del corazón, al romper la monótona melancolía de los anteriores con los rápidos ritmos que excitaba su felicidad. Lo otro no era más que una vaga sensación musical, destinada a excitar el cosquilleo de las lágrimas.

Luego se dedicó a escribir cartas a su familia. En su casa sin duda nadie debía entenderlas; en realidad, nada se decía en ellas. Estaban llenas de signos de puntuación, y en particular de una gran cantidad de signos de admiración, completamente inmotivados. De algún modo tenía que participar a alguien su felicidad y, puesto que a veces se daba cuenta de que en aquel asunto no podía imperar una franqueza total, se confiaba al sentido de los signos de admiración. Con frecuencia se sonreía para sí al pensar que ni siquiera su erudito papá sabría descifrar aquellos jeroglíficos, que en realidad no significaban sino: «¡Soy infinitamente feliz!».

En esta felicidad ingenua, inconsciente, tonta y desbordante pasó el tiempo hasta mediados de julio, y la historia llegaría a ser aburrida de no haber existido cierta mañana, una mañana alegre y divertida.

Realmente, fue una mañana maravillosa. Era aún relativamente temprano, hacia las nueve. El sol acariciaba la piel, y el aire tenía un aroma agradable... tan agradable, notó él, como aquella mañana que sucedió a la maravillosa primera noche.

Estaba de muy buen humor, y esgrimía animoso su bastón mientras caminaba por la blanquísima acera. Iba a casa de ella.

Ella no le esperaba; y esto era lo que le ilusionaba. Se había propuesto ir aquella mañana a clase, pero naturalmente el propósito se esfumó... aquella vez. ¡No faltaba más, sino que se hubiera encerrado en las aulas haciendo un día tan hermoso! Cuando llovía eso no importaba, pero aquella mañana tenía que ir a verla, tenía que estar con ella. Su decisión le hizo verlo todo de color de rosa. Silbó los airosos ritmos del brindis de la «Caballería rusticana» y se encaminó por la Heustrasse abajo.

Se detuvo ante la casa y aspiró durante un rato el perfume de las lilas. Con aquel arbusto había terminado por entablar una íntima amistad. Siempre que llegaba se detenía ante él y mantenía un pequeño y agradable diálogo silencioso. Las lilas le hablaban con leve susurro de todas las dulzuras que una vez más le esperaban; y él las contemplaba, como siempre el hombre, ante un exceso de felicidad o de dolor, y ante la imposibilidad de comunicar con otro ser humano, se vuelve hacia la

naturaleza, grande y silenciosa, que a veces parece como si de veras entendiese algo. Las contemplaba como algo perteneciente a la casa, algo muy próximo y sentido, y debido a su permanente éxtasis lírico, veía en ellas algo más que un simple requisito escénico para su romance.

Cuando tuvo bastante de las promesas del suave y querido perfume, subió, y después de haber dejado su bastón en el corredor, entró sin llamar con las manos en los bolsillos como expresión de su desbordante optimismo; llevaba el sombrero echado hacia atrás, pues sabía que así era como a ella le gustaba más.

—¡Buenos días, Irma! Vaya sorpresa verme por aquí, ¿eh...?

Pero fue él el sorprendido. Al entrar vio que ella se levantaba bruscamente de la mesa, como si tuviera prisa en ir a buscar algo y no supiera el qué. Se limitó a pasarse una servilleta por la boca, desconcertada, mientras se quedaba de pie y le miraba con los ojos extrañamente abiertos. En la mesa había café y pastas. A un lado estaba sentado un señor anciano, muy digno, con una barbita en punta blanca como la nieve y muy gentilmente vestido, el cual masticaba y le miraba con mucho asombro.

Él se quitó el sombrero rápidamente y le dio vueltas entre las manos, confuso.

—¡Oh, perdón! No sabía que tuvieras visita.

Al oír el tuteo, el viejo señor paró de masticar y miró a la cara a la joven.

El buen muchacho se asustó mucho al verla tan pálida e inmóvil. ¡Pero el señor anciano aún tenía mucho peor aspecto, parecía un cadáver!, y los cabellos que le quedaban no parecía habérselos peinado. ¿Quién podía ser? Febrilmente, se devanó los sesos: ¿un pariente de ella? Pero ella nunca le había hablado de... Sea como fuere, él había venido en un momento inoportuno. ¡Qué lástima! ¡Le hubiera hecho tanta ilusión! Ahora tendría que irse, ¡era horrible! ¿Por qué nadie decía nada? ¿Y cómo debía conducirse frente a ellos?

—¿Cómo? —dijo de repente el viejo señor, mirando a su alrededor con sus ojos pequeños, hundidos, de un color gris claro, como si esperase respuesta a esta misteriosa pregunta. Debía tener la mente algo confusa. Su expresión era bastante estúpida. El labio inferior le colgaba, inerte, dándole un aspecto de idiota.

Nuestro héroe se acordó de que tenía que presentarse, y lo hizo con gran cortesía.

—Mi nombre es... He venido... he venido a saludar a...

—¡A mí qué me importa eso! —estalló súbitamente el honorable anciano—. ¿Qué quiere usted aquí?

—Discúlpeme, yo...

—¡Qué! Hágame el favor de largarse. Su presencia aquí es totalmente superflua, ¿verdad, ratita?

Al decir esto, miró cariñosamente a Irma.

Ahora bien, nuestro hombre no era precisamente un héroe, pero el tono del viejo señor había sido tan ofensivo —sin contar con que la decepción sufrida había dado al traste con su buen humor—, que inmediatamente cambió de actitud.

—Permítame, caballero —dijo con serenidad y firmeza—; no acabo de comprender qué le autoriza a usted a hablarme en este tono, teniendo en cuenta que

creo tener por lo menos tanto derecho como usted a permanecer en esta habitación.

Aquello fue demasiado para el anciano señor, que no estaba acostumbrado a tales cosas. Su labio inferior se meneó de un lado a otro, como síntoma de gran excitación de ánimo, y se golpeó tres veces la rodilla con la servilleta, mientras profería, haciendo acopio de los escasos recursos que le proporcionaba la potencia de su voz:

—¡Jovenzuelo estúpido! ¡Es usted... es usted un jovenzuelo estúpido!

Si hasta aquel momento el así interpelado había moderado su ira teniendo presente la eventualidad de que el viejo señor pudiera ser un pariente de Irma, ahora se le acabó la paciencia. En su interior se rebeló orgullosamente la conciencia de su situación respecto de la muchacha; quién pudiera ser el otro, ahora le daba igual. Se sintió gravemente ofendido, y le pareció que hacía uso de un «derecho adquirido» cuando dio una vuelta hacia la puerta y conminó con voz cortante al digno anciano a que abandonara inmediatamente la casa.

El viejo señor se quedó un instante mudo. Luego, entre la risa y el llanto, y mientras sus ojos erraban por la habitación como los de un loco, balbució:

—Pero esto es... pero... es que esto es... ¡Dios mío! Pero ¿qué dices tú a eso? — se volvió a Irma en busca de ayuda, pero ella se había vuelto y no decía palabra.

Cuando el infeliz anciano se dio cuenta de que no cabía esperar ningún apoyo de ella, y dándose cuenta de la impaciencia amenazadora con que su adversario repetía su ademán hacia la puerta, dio la partida por perdida.

—Me iré —habló con noble resignación—, me iré inmediatamente. Pero usted y yo aún hemos de hablar, ¡canalla!

—¡Desde luego que hemos de hablar! —gritó nuestro héroe—. ¡Desde luego! ¿O cree usted, caballero, que voy a aguantar que me arroje sus insultos a la cara? Por ahora, ¡fuera!

Con temblores y gemidos, el viejo señor se alzó de la silla. Los anchos pantalones flotaban alrededor de sus

esqueléticas piernas. Se llevó las manos a los riñones y estuvo a punto de volver a caer en su asiento. Esto le hizo ponerse sentimental:

—¡Soy un pobre viejo! —gimió—. ¡Pobre de mí! ¡Qué brutalidad más canallesca! ¡Oh! ¡Ay! —y una santa indignación volvió a renacer en él—. ¡Pero aún hemos de hablar! ¡No faltaba más! ¡Nos veremos!

—¡Descuide! —le aseguró en el corredor su cruel verdugo, ya más bien divertido, mientras que el anciano requería con temblorosas manos su sombrero, se echaba al brazo un grueso gabán y ganaba la escalera con paso inseguro.

—¡Descuide! —repitió el buen muchacho con tono algo más conciliador, puesto que el lamentable estado del viejo empezaba a inspirarle compasión—. Estaré a su disposición cuando usted quiera —prosiguió cortésmente—, pero después de su comportamiento conmigo no debe usted extrañarse del mío.

Hizo una correcta inclinación y abandonó al anciano señor a su suerte. Aún le oyó gemir abajo, pidiendo un coche.

Entonces se le ocurrió pensar quién debía ser aquel viejo tan raro. ¿Sería de veras un pariente de ella? ¿Su tío, o su abuelo, o algo parecido? Quizás había sido un poco demasiado violento con él. Cierto que el viejo por naturaleza era de un carácter... tan directo. ¡Pero si hubiera sido eso, ella lo hubiera dado a entender de algún modo! Pero no, ella se había conducido como si no le importara el asunto. Esto le llamaba la atención ahora; anteriormente toda su atención estuvo requerida por aquel viejo impertinente. ¿Quién debía ser? Empezó a sentirse preocupado de veras, y dudó un instante antes de entrar a verla, temiendo haberse portado de un modo inconveniente.

Cuando cerró tras de sí la puerta de la habitación, Irma se había sentado a un lado en el rincón del sofá, mordía una punta de su pañuelo de batista y miraba al vacío, sin volverse hacia él.

Se quedó un momento desconcertado; luego juntó las manos y rogó, casi llorando de confusión:

—¡Pero dime quién era, por el amor de Dios!

Ningún movimiento, ni una palabra.

Sintió un escalofrío. Un vago terror nacía en él, mientras se repetía insistentemente que todo aquello era ridículo; se sentó junto a ella y la cogió de la mano con aire paternal.

—Anda, pequeña, sé razonable. ¿Me guardas rencor? Fue el viejo señor quien empezó... ¿No me quieres decir quién era?

Silencio mortal.

Se levantó y se apartó unos pasos de ella, indeciso.

La puerta de su dormitorio, junto al sofá, estaba entreabierta. De improviso, entró; había visto algo extraño sobre la mesita de noche, a la cabecera de la cama. Al volver llevaba en la mano unos papeles azules, billetes.

Contento de cambiar de conversación por el momento, puso los billetes ante ella sobre la mesa, y dijo:

—Guarda eso; estaban ahí encima.

Inmediatamente se puso pálido como la cera, sus ojos se dilataron y sus labios se entreabrieron temblando.

Al entrar con los billetes, ella había alzado los ojos hacia él, y él había visto sus ojos.

Algo repelente subió en su interior agarrándole por el cuello con dedos grises y viscosos.

Y, desde luego, debió ser muy triste ver al pobre muchacho alargando las manos y profiriendo, con el tono lastimero de un niño que ve roto en el suelo su juguete:

—No... no...

Luego, con súbito terror, ir hacia ella buscando febrilmente sus manos, como para atraerla hacia él, con un ruego desesperado en la voz:

—Por favor, no... no... Tú no sabes cómo... yo...
¡Dime que no...!

Luego, separándose otra vez de ella, caer de rodillas junto a la ventana, con un gemido, golpeándose duramente la cabeza contra la pared.

La muchacha se removió en el sofá, con un gesto cerril.

—Estoy en el teatro, ¿no? No sé por qué haces tanto ruido por eso. Todas lo hacen. Estoy cansada de hacer la santa; he visto que no lleva a ninguna parte. Nosotras no podemos permitirnoslo, eso queda para la gente rica. Nosotras hemos de ver cómo salimos adelante. Hay que arreglarse y... y todo lo demás —finalmente, estallando—: ¡además, todos sabían que yo...!

En este instante él se lanzó sobre ella y la cubrió de besos desesperados, crueles, como latigazos, y parecía como si en su balbuciente «Oh, tú... tú...» luchara todo su amor contra unos horribles y encontrados sentimientos.

Quizás aprendió ya en esos besos que en adelante el amor sería odio para él, y el placer salvaje venganza; es posible también que todo eso llegara más tarde. Ni él mismo lo sabe.

Más tarde se halló abajo, delante de la casa, bajo un cielo suave y sonriente, y junto al macizo de lilas.

Permaneció largo rato inmóvil, rígido, con los brazos colgándole junto al cuerpo. Luego notó el dulce perfume amoroso de las lilas, tan tierno, puro y amable.

Con un brusco movimiento de pena y rabia, alzó el puño al cielo radiante y lo hundió en medio de aquel perfume traicionero, rompiendo las ramas y deshaciendo las frágiles flores.

Después volvió a hallarse en casa, junto a su mesa, silencioso y agotado.

Fuera reinaba en toda su amable majestad el hermoso día de verano.

Y contempló la imagen de ella, que aún estaba allí como siempre, tan dulce y pura...

Sobre él, y bajo los rodantes arpegios de un piano, oyó la queja de un violoncelo, y aquellos sonidos profundos y gratos rebosaban y se alzaban hasta que terminaron por empapar su alma; y como las notas de una antigua canción medio olvidada volvieron a su alma unos ritmos libres, de tono melancólico:

*... morirá la primavera
y el invierno ha de llegar;
la vida con mano fatal
a ambos nos separará...*

Y el final más consolador que puedo encontrar, es decir que el infeliz muchacho aún fue capaz de llorar.

Durante un momento hubo un silencio en nuestro rincón. También los dos amigos que estaban a mi lado parecían estar aún prisioneros de la melancolía que el relato del doctor había despertado en mí.

—¿Eso es todo? —preguntó el pequeño Meysenberg.

—¡Gracias a Dios! —dijo Selten con una dureza que me pareció algo fingida, y se levantó para acercarse a un jarro que contenía lilas recién cortadas, y estaba al fondo, sobre una estantería de talla.

Comprendí entonces por qué había causado en mí una impresión tan viva el relato: eran las lilas, cuyo perfume desempeñaba en él un papel tan importante, y que había dominado toda la narración. Sin duda fue este

olor el motivo de que el doctor se pusiera a contarle; y en mí había ejercido un efecto casi sugestivo.

—¡Conmovedor! —dijo Meysenberg, encendiendo un cigarrillo con un profundo suspiro—. Conmovedor, y al mismo tiempo tan sencillo.

—Sí —asentí—, y esa misma sencillez dice en favor de su autenticidad.

El doctor soltó una breve carcajada, mientras acercaba el rostro todavía más a las lilas.

El joven y rubio idealista aún no había dicho nada. No paraba de mover la mecedora en la que estaba sentado, y seguía comiendo bombones.

—Laube parece estar enormemente conmovido —observó Meysenberg.

—La historia es sin duda conmovedora —replicó el interpelado con énfasis, dejando de balancearse e irguiéndose—. Pero Selten quería refutarme, y no veo que lo haya conseguido. ¿Dónde queda, incluso en esta historia, la justificación moral de...?

—¡Anda, ahórranos ya tus frases hechas! —le interrumpió el doctor bruscamente y con una inexplicable excitación en la voz—. Si no me has entendido todavía, me das lástima. Cuando una mujer cae hoy por amor, mañana caerá por dinero. Eso es lo que quise decir; nada más. Eso contiene quizá la justificación moral que reclamas.

—Oye, dime —dijo de súbito Meysenberg—, si la historia es verdadera, ¿cómo sabes tú todos los detalles con tanta precisión, y por qué te alteras tanto?

El doctor calló durante un instante. Luego su mano derecha apretó con un movimiento brusco, casi convulsivo, el ramo de lilas cuyo perfume estaba aspirando un momento antes.

—¡Vaya por Dios! —dijo—. ¡Pues porque era yo mismo el «buen muchacho»!, sino, ¿qué me importaría a mí...?

Realmente, de la manera como lo dijo y como rompió las lilas, con aquella brutalidad triste y amargada... igual que entonces: realmente, de «buen muchacho» no le había quedado nada.